



DOCTOR TECNO

JORGE DREXLER EJERCÍA DE OTORRINOLARINGÓLOGO CUANDO SE REVELÓ COMO EL CANTAUTOR MÁS INTIMISTA DE LA AMÉRICA HISPANA. PERO EN SU NUEVO DISCO SE MUEVE ENTRE PROGRAMADORES, SAMPLERS Y AUDACIAS DE PRODUCCIÓN.

Alguien dijo de él que era el único cantante en castellano que podía llegar a esos rincones del alma que sólo suele tocar Caetano Veloso. Con *Frontera*, su tercer disco español y quinto de su carrera, Jorge Drexler (Montevideo, 1964) sube la apuesta: integra técnicas del techno en su discurso seductor. Con una bella envoltura, que imita a un pasaporte con sellos de entrada y salida en 100 países: "Es la metáfora de lo que contiene, marcas manipuladas por la última tecnología". Una de las sorpresas: *Frontera* se ha hecho en complicidad con Carlos Casacuberta y Juan Campadónico, de El Peyote Asesino, grupo uruguayo que logra que Molotov parezca un ejemplo

de finura. Lo último que uno podía imaginar en el elegante universo de Drexler: "Carlos es uno de mis mejores amigos, escuché lo que hacía con el sampler y le dejé una cinta con canciones mías; cuando volví a Montevideo, aluciné. Era algo parecido a lo de Beck, sólo que no utilizaba el folk estadounidense sino lo rioplatense: milonga con jungle, candombe con house, cosas así. Finalmente, se convirtieron en productores conmigo. Yo estaba asustado, era su primera producción grande y nos habíamos metido en territorio desconocido". ¿Y ha salido tal como se esperaba? "Yo hubiera querido algo más sucio, más gamborro, más lo-fi. Ha quedado muy alta fidelidad pero, bueno, lo asumo".

Cuando un cantautor entra profundamente en esas zonas de la tecnología digital, uno piensa en Javier Álvarez y su inmersión en la cultura de la máquina y la pastilla. Pero cuesta imaginar a Drexler devorando éxtasis: "Ya pasé por esas drogas. Mis años de experimentación psicodélica coincidieron con mis estudios de medicina (risas). Aparte de lo inyectable, creo que conocí todo, especialmente las sustancias que alteran la conciencia. Así que todo eso está en mi background y no siento la necesidad de meterme en las discotecas. Pero me fascina lo que hacen músicos que trabajan para las pistas de baile y no se conforman con el machaque bum-bum-bum. Para mí, es vivencia estética. Además, tengo mujer e hijo...".

Reconoce Drexler que su principal fuente de ingreso son los derechos de autor: "Un tipo como yo, que se presenta con una banda de cinco o siete personas, no gana dinero. Pero estoy habituado: Uruguay tiene 3 millones de habitantes, el disco de oro está en las 3.000 copias legales vendidas. Y no es nada fácil llegar a esa cifra: la piratería es muy fuerte. Lo normal es que tengas un trabajo en un banco o en una clínica y que uses tus ingresos para financiar tu disco. Yo ejercí de otorrino especializado en sorderas hasta que me vine a España. Es un trabajo con futuro: estoy seguro de que hay una generación que va a tener problemas de audición a partir de los 40 años. Cualquiera que salga de un concierto o una rave con un pitido en los oídos debe preocuparse".

Uruguay es un país eclipsado por gigantes como Brasil y Argentina: "Aparte del complejo de inferioridad por estar emparedado entre tales hermanos, hay un cierto sentido trágico en el uruguayo, una incapacidad para reírnos de nosotros mismos. Nos salva el tener una fuerte raza negra. Es curioso, en Argentina desaparecieron los negros o se diluyeron, me han explicado que fueron carne de cañón en las guerras del siglo XIX. Sin embargo, en Uruguay mantuvieron sus tradiciones y éstas han terminado por dominar la cultura nacional, como ocurre en Cuba o en Brasil, pero siendo una minoría".

EL JUDÍO INTERNACIONAL

En varias de sus canciones, Drexler ha narrado la agitada historia familiar, lo de la madre criolla y el padre descendiente de judíos que se escaparon por los pelos de la solución final nazi: "Incluso pasé un año en Israel. Nos fuimos de Uruguay en 1979, cuando aquello estaba muy feo, los militares controlaban toda la sociedad y mis padres eran médicos que no veían bien lo que estaba ocurriendo. La dictadura en un país tan pequeño resultaba verdaderamente asfixiante, sobre todo cuando se recordaba la etapa democrática. El año en Israel fue maravilloso, había esperanzas de paz y además me hizo conocer el mundo árabe. Al final, la familia votó por volver a Uruguay, aunque yo me hubiera quedado: veía que allí había mucha libertad sexual [carcajada]. Me crié como judío y, una vez que se me pasó el sarampión religioso, lo mantengo como identidad, aunque sea culturalmente mestizo. Admiro a Andrés Calamaro, que encarna al judío desencantado, mientras que yo represento al judío conciliador".

En su deriva, Drexler tuvo una etapa brasileña: "Me iba a Salvador de Bahía en cuanto tenía dinero, huyendo de los meses de lluvia en mi país. Era el edén hippy: la maroña para fumar, las mujeres más exuberantes, la música más bonita. Allí actuaba en cafetines, cantando lo suyo y mis canciones. Me di cuenta de que no tenía sentido imitar a Caetano, Buarque, Gilberto, de la misma forma que ellos no copiaran ni el jazz de Estados Unidos ni el pop inglés. Que lo bueno era su receta, que parte de preguntarte qué es lo que tienes en tu entorno que los anglosajones no puedan hacer; en vez de samba y bossa, recurrí a la chacarera, a la murga, a la milonga, al candombe. Eso sí, con suavidad. Los brasileños enseñan que las cosas se consiguen mejor con delicadeza". **El Diego A. Manrique**